

Entre casas y caminos...

*Estoy
convencido
de que el líder
cristiano del futuro
está llamado
a ser alguien
completamente
irrelevante
y a presentarse
ante el mundo
ofreciendo
solamente
su persona,
por entero
vulnerable.*

Fr. Carmelo Hernández, ocd

Algunas casas del Evangelio. Nazaret: La casa de la cotidianidad

Es donde pasamos gran parte de nuestra vida: en lo que reluce, en lo que no brilla, en el trabajo sencillo, y a veces, hasta agradecido por parte de los demás.

Donde no se suele sobresalir, porque se vive en el mismo lugar y se conoce muy de cerca y a todos. Y por eso nos quedamos extrañados cuando alguien que vive con nosotros, dice cosas que nos sorprenden: “¿De dónde saca esa sabiduría?” ¿Y esa capacidad de hacer milagros?

Un tiempo, un espacio donde no hay milagros, sino trabajo y a veces muy duro, como el de Jesús que no hacía cosas extraordinarias como presentan los Evangelios apócrifos, sino que ayudaría a su padre José en el trabajo, y su madre en las cosas de la casa....

Un tiempo en el cual se puede “saborear” la presencia de Dios en la rutina de la vida, de las costumbres diarias. En Nazaret, José tuvo un sueño donde un ángel de Dios se le presentó y le dijo que se llevara a María a su casa. En Nazaret María “escucho” que su prima estaba de seis meses y pensó que necesitaría ayuda y se fue donde ella.

Es por excelencia el tiempo de silencio y de discernimiento. Y el tiempo de la maduración.

Es el tiempo de crecer “en sabiduría y gracia” ante Dios y los hombres. Es el tiempo de crecer hasta “la mayoría de edad” para poder ir a Jerusalén y descubrir cuáles son las cosas del Padre a las que nos llama Jesús.

Es el tiempo de estar atentos, de evitar automatismos ante lo que ya conocemos y podemos realizar de modo rutinario. Es el tiempo de crecer en gracia, de sentirnos rodeados por esa presencia misteriosa pero gratificante de Dios.

Nazaret implica aceptar con fe el proyecto amoroso de Dios y saber escuchar ('Obedecer'), para poder hacerlo realidad en la vida de cada día.

Implica una actitud de discernimiento y de no querer grandezas que superan mi capacidad, sino acallar y moderar nuestros deseos de estar en los brazos del Padre (Salmo de la ternura).

Implica renovar cada día mi congregación con todo lo que conlleva: no siempre hay cosas espectaculares, no siempre hay cambios grandes, sino que la transformación se va dando lentamente. Implica vivir la paciencia histórica.

Implica también prepararse para salir a los caminos, Nazaret no es un 'búnker', sino una casa que en lugar de puertas tiene cortinas y por eso es muy 'vulnerable'. Abrir la puerta al vecino, a la vecina, sabiendo que en cualquier momento comienzan a entrar los que amo, los amigos y después vendrán los otros, los 'enemigos', los difíciles, los que me harán daño, los que querrán aprovecharse de mí...

Nazaret es prepararse para el 'desencanto'. La Vida Consagrada siempre tiene algo nuevo, hasta que deja de aparecer lo nuevo. ¿Esto que vivo ahora es todo? ¿No hay una experiencia nueva, distinta más allá? NO. Tenés que saber aceptar eso que ahora ya es cotidiano. El tiempo de la "montaña rusa" va pasando, el vértigo

deja lugar a otras cosas, menos espectaculares, pero no por eso menos fuertes, exigentes y hasta riesgosas.

El tiempo de Nazaret es tiempo de desierto, de soledad, de prueba. Y a la vez el tiempo en el que maduran las grandes opciones (por eso dije que es tiempo de discernimiento).

Y esto nos va preparando para vivir el profetismo que vendrá posteriormente. Teniendo en cuenta que el ser profetas no conlleva hoy en día nada de 'espectacular', sino más bien de irrelevancia. Nos dice un autor: "estoy convencido de que el líder cristiano del futuro está llamado a ser alguien completamente irrelevante y a presentarse ante el mundo ofreciendo solamente su persona, por entero vulnerable... La primera tentación de Jesús fue la de sentirse importante, convirtiendo las piedras en panes. ¡Cuántas veces he deseado poder hacer lo mismo!... pero cuando a Jesús se le plantearon las mismas situaciones respondió: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Henri Nouwen, 'En el nombre de Jesús').

Nos podemos preguntar: ¿Cómo yo acepto mi Nazaret? ¿Lo estoy viviendo a fondo? ¿Es para mí un búnker o serena experiencia de encuentro? ¿Quiero huir de ello porque me parece muy duro?

Nazaret es como todo lo que hace referencia a casa, lugar de comunión. Comunión dentro de la diversidad. Esto hace referencia también al género, cada uno ocupando su lugar, aceptando su 'necesidad' del otro, sabiendo que el otro, la otra me va a enriquecer, no es un rival que me va a quitar,

o aprovecharse de mí. Es donde sabemos vivir la alteridad, donde cada uno encuentra apoyo para su crecimiento y maduración, a la vez que colabora en la de los otros.

No es sólo lugar de trabajo, no valoración de cada uno por el trabajo que realiza. Es lugar de personalización, de progresiva maduración, de ayuda en las dificultades, de perseverancia en el Amor...

Pero también Nazaret es el lugar de la cultura. Me refiero al tema de la inculturación. Dios no sólo se hizo hombre, sino también hombre concreto, en un pueblo concreto, en una cultura concreta, con todo lo que implica valores y límites.

El documento Vida Consagrada en los números 79 y 80 nos habla de este aspecto: "para una auténtica inculturación es necesaria una actitud parecida a la del Señor, cuando se encarnó y vino con amor y humildad entre nosotros. En este sentido la vida consagrada prepara a las personas para hacer frente a la compleja y ardua tarea de la inculturación, porque las habitúa al desprendimiento de las cosas, incluidos muchos aspectos de la propia cultura".

Esto también es cuestionamiento para las Congregaciones que tenemos casas en varios países, y que produce un 'trasciego' de hermanos de un país a otro. Saber aceptar y asumir la propia cultura, amar lo mío, sin creer que es lo mejor del mundo, pero tampoco que es lo peor. Eso me lleva a amar a los otros, apreciar los valores culturales de los demás. Será algo que aparecerá de nuevo cuando hablemos de los caminos.

Un tema crucial, un llamado a vivir lo nuevo, a convertirnos a lo distinto, a saber valorar lo positivo del otro, sin cerrar los ojos a lo negativo. Con todo ello crecemos en valores, en enriquecimiento, en respuesta fiel y creativa al Señor de la historia. (V.C. 37).

Con estas actitudes tenemos que ir creciendo en una sólida y profunda espiritualidad. Para poder aspirar a la santidad, para poder ser místicos y místicas de verdad, para poder ser profetas de entrega total e incondicional, necesitamos tener una 'densidad interior', hasta poder decir como San Pablo: "Todo lo considero pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús"¹. Y la vida espiritual viene entendida como una vida en Cristo, según el Espíritu, que es como un itinerario de progresiva fidelidad, en el que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por Él a Cristo, en total comunión de amor y de servicio en la Iglesia (V.C. 93).

Betania: El lugar de Amor y de la Mística

Lo primero que viene a mi mente es una partecita de una poesía de San Juan de la Cruz: "La noche sosegada en par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora" (Cántico Espiritual).

Betania, podemos identificarlo con el encuentro íntimo. Es donde ya no hacen falta palabras porque es el Amor el que habla.

¹ Cf. Fil. 3,8.10.

*Un tema crucial,
un llamado a vivir lo nuevo,
a convertirnos a lo distinto, a
saber valorar lo positivo
del otro, sin cerrar los ojos a lo
negativo. Con todo ello
crecemos en valores,
en enriquecimiento,
en respuesta fiel y creativa
al Señor de la historia. (V.C. 37).*

Donde vive la familia que recibe a Jesús y se siente acogida por Él. Donde se llega después del trabajo evangelizador y se descansa, donde hay acogida por parte del otro, otra. Donde uno se siente amado y aceptado tal como es.

Es la casa de la gratuidad, donde se da no porque se espera recibir algo, sino porque uno se siente impulsado a dar, es tan hermoso hacerlo, es mejor dar que recibir. Pero a la vez se recibe, hay como un 'clima' donde no aparece el artificio, el cumplido, sino que las palabras son veraces, brotan del interior, son vehículos de sentimientos, de experiencias, de intercambios y de comunión.

Donde uno se siente aceptado aún contando con las limitaciones. No se siente juzgado, sino amado, comprendido. Aunque tampoco justificado de un modo barato. Donde a uno no se le pide que cambie para ser amado, sino que reconoz-

ca su realidad y la presenta ante los otros (sin máscaras, sin buscar aprobaciones). Y donde se siente que uno va cambiando porque se ha sentido aceptado.

Donde no hay disimulos, y se reconoce el pecado. No sabemos si la mujer pecadora del Evangelio de Lucas corresponde a la casa de Marta, Lázaro y María, pero no importaría. Sentirse pecador es algo propio de nuestro ser, y sabernos perdonados por Jesús que es el único que podría condenarnos es lo mejor. Saber que Dios nos perdona mucho porque nos ama mucho, y porque nosotros queremos corresponder a ese amor.

Es la casa del silencio, de la oración, de la mística. Jesús necesitó también habitar en esta casa. Ya adulto quería vivir esta experiencia. La de juntos mirar una puesta de sol, cenar lo que la Providencia ha hecho llegar a la mesa, sabiendo que si necesitamos el alimento para vivir, más necesitamos del encuentro, del caminar juntos, para sentir que nuestra vida tiene sentido, y que estamos llamados a la comunión.

¿Qué significa la Mística? Hay muchas respuestas que podríamos dar, yo prefiero tomar unas líneas de Simón P. Arnold que nos iluminan este momento: "Místico es como alguien que vive tocado y seducido por el Trascendente. Aquel que experimenta, no sólo 'conoce' la realidad de Dios. Una experiencia-conocimiento vivida a partir de la unión con Él. Esto lo vivieron los profetas del Antiguo Testamento², María también lo fue. El profeta se convierte así en amigo, amiga de Dios.

² Cf. Is 7, 7-8; Jer 1, 4-10.

Ser místicos hoy supone abrirnos a su seducción, dejar que el Espíritu nos rompa los ídolos, las imágenes de Dios. Saber que Dios nos mira con afecto creador, cambia nuestra existencia.

Esto nos invita a llegar a las raíces de nuestro seguimiento para entrar una y otra vez en diálogo continuo con el Dios Trinitario, como un amigo o amiga habla con otro amigo o amiga.

Es una casa 'refugio', pero no para quedarse en ella como si fuera algo permanente, pero sí para poder fortalecernos, porque necesitamos esos tiempos de encuentro, de discernimiento, de proyección, de evaluación.

Es la casa 'del perfume', que nos hace plantearnos cuál es el perfume que nosotros hacemos correr por nuestra casa (Institución, Provincia). María derramó sobre Jesús un perfume carísimo³. Dice el Evangelio que toda la casa se llenó de aquel perfume. Eso no se puede disimular ni ocultar.

"María sobresale en el amor, y el amor es el que constituye el verdadero discípulo. Una mujer profetisa, que intuye lo que viene: muerte y Resurrección. María cree en el amor, cree en el poder regenerador del Amor, lo cree porque el amor tiene un nombre: Jesús que ha resucitado a su hermano. María es la profecía de la fuerza suprema del amor, más fuerte que el mal y que la muerte. Como María muchos religiosos y reli-

giosos están dispuestos y dispuestas a estar cerca de Jesús, a consolarle en los qué lloran, perfumarlo en los despreciados y expresando amor en los abandonados" (Pier G. Cabra, Iconos de la Vida Consagrada).

La casa de Betania es por excelencia LA CASA DEL ENCUENTRO. Pero para que se dé el encuentro, la amistad con alguien (y más con Jesús) se requiere tiempo. Es necesario, saber estar, saber perder el tiempo con Él, dedicarle horas.

Es también tiempo de ESCUCHAR. De estar a los pies de Jesús no porque creemos que esa es nuestra única tarea, sabemos que habrá que salir por los caminos, pero sí que tenemos que salir con el proyecto de Jesús y eso sólo se puede hacer si nos familiarizamos con Él, con su Palabra. Así podremos hacer que "Marta y María vayan juntas" (Santa Teresa).

Y es la casa que nos prepara para las OPCIONES DIFÍCILES. Jesús estuvo allí y el clima del Evangelio 'respira tristeza',

*Ser místicos hoy supone
abrirnos a su seducción,
dejar que el Espíritu nos rompa
los ídolos, las imágenes de Dios.
Saber que Dios nos mira
con afecto creador,
cambia nuestra existencia.*

³ Cf. Jn 21, 1s.

cuando Juan nos narra ese momento previo a la Pasión. Donde hay signos de muerte, pero donde hay invitación a la vida, a mirar a los otros ('pobres tienen muchos entre ustedes, no los descuiden'). Y Jesús se deja hacer...

También es la casa DE LA HUMANIZACIÓN. Algo que debe tener muy presente la vida consagrada (de modo especial los superiores y superiores), no descuidar nuestro crecimiento en lo humano/ psicológico, en definitiva todo lo que humaniza y hace crecer nuestra madurez humana.

Haciendo algunas aplicaciones a nuestra Vida Consagrada podemos preguntarnos si nosotros, nosotras deseamos el encuentro silencioso, tranquilo, largo... que crea armonía en nuestro interior y que reafirma nuestras opciones por Él y por su proyecto.

Si la Vida Consagrada está logrando hacer esa síntesis entre María y María, o vivimos lanzados a una acción 'desbocada', un activismo sin sentido, una acción fragmentaria, dispersiva y en el fondo poco eficaz, o nos quedamos en una especie de 'refugio' donde preferimos vivir ante la vorágine que a veces quiere tragarnos. O si por el contrario caminamos hacia esa síntesis que hay que hacer entre Mística y Profecía, Espiritualidad y Política, pero desde el punto de vista de la fe, de la exigencia del Dios vivo.

¿Cómo es nuestra comunidad? Está llena del perfume evangélico liberador, es un servicio de amor, de disponibilidad, o tiene un 'olor' que poco tiene que ver con lo evangélico...? En nuestras decisiones

¿Qué pesa más: mantener las instituciones o miramos el bien de las personas? ¿Nos preocupa también en los traslados el 'daño' que se puede hacer a los destinatarios? (al menos como preocupación).

¿Cuánto tiempo somos capaces de 'perder' en la oración silenciosa, en la formación permanente (lecturas, encuentros), en la planificación, evaluación, diálogo, fiesta comunitaria, celebración...?

¿Cómo estamos en el tema de la aceptación comunitaria, de la valoración del otro, de la escucha, del trabajar juntos, del caminar juntos, de la expresión sincera?

Una comunidad sana produce frutos sanos. Todos sabemos que éste es un ideal, pero al que hay que caminar. Una comunidad sin divisiones, sin críticas, sin maledicencias, donde se sirve al que menos puede, donde todos cuentan, donde el primero es el que sirve... Es una comunidad que producirá buenos frutos, es una comunidad fundamentada en el amor.

Y una comunidad que no tiene el centro en sí misma, sino que es un lugar donde está Dios como centro. Y que sale hacia los demás, que se convierte en servidora, en levadura de la sociedad y de la Iglesia. Una comunidad donde se vive, desde la que se sabe, que en cada miembro llega a anunciar la Buena Noticia de Jesús por muchos caminos y a la que se vuelve.

Betania que implica madurez. Sobre todo en lo afectivo, en lo Humano, en lo Espiritual. Donde las relaciones están

‘coloreadas’ por la opción de vida, donde no hay infantilismos en buscar compensaciones, o fáciles amiguismos, sino amistades adultas, fraternas, auténticas.

Y que nos prepara para las grandes opciones, para los grandes sacrificios y hasta para la muerte si es preciso.

La vocación de todo religioso y religiosa pasa por la noche, por la purificación. Para poder mantenerse firme en ella se necesita una vivencia profunda de Dios y alimentar la dimensión afectiva, cordial, mística. Porque “la noche es inevitable porque es un paso obligado para llegar al alba, para recibir un nombre nuevo y la tierra como don (la lucha de Jacob, Gen 32, 23-31). Son momentos descritos por los místicos, inclusive de aniquilación, de lucha encarnizada.

Ocasión fecunda porque se pasa de la nada al todo. En la historia de la salvación la noche tiene una misteriosa fecundidad: Abraham, Éxodo, Jacob, Getsemaní... El hombre se reconstruye manteniéndose firme, resistiendo ante Dios en la prueba de la noche. Hay que perseverar en las pruebas con paciencia y con oración” (Pier G. Cabra, Iconos de la Vida Consagrada).

Y es el lugar de LA AMISTAD. Que lindo compartir las amistades en la Vida Consagrada, saber animarse y respetarse. Acompañar y ‘espiritualizar’ lo que a veces podría quedarse sólo en lo humano. Los que nos amamos en Jesús, tenemos cauces y medios para vivir un amor sincero, transparente, pero tampoco se cierran los ojos a lo que comienza a no ser

claro, a no ser de Dios, ni estar de acuerdo con la opción de Vida Consagrada.

Cafarnaum somos discípulos y discípulas en la casa de Pedro

Es la casa de la familia, de la nueva familia (con Pedro y los suyos), de la que ya es parte Jesús. Allí regresa después de sus correrías apostólicas, desde allí contemplan juntos el lago, la puesta de sol, la naturaleza que les rodea. Jesús en ella y desde ella predica, y en otros momentos realiza algún trabajo: revisan las redes, los peces que pescaron, unos los preparan para comer, otros para vender, otros para los pájaros que alienta la Providencia.

Es una casa donde Jesús vive de un modo ‘prestado’. No es su familia carnal, pero sin embargo es donde le reciben. Él forma parte de aquella familia (paga los impuestos por Pedro y por Él). Vive como si fuera su casa y de modo pleno.

Es donde vive Jesús con los doce. Allí les enseña. Es el único maestro. Los demás escuchan. Allí todos se sienten contentos de participar de esta amistad con Jesús y entre ellos, con los otros.

A pesar de escuchar a Jesús seguirán manteniendo en su corazón las ambiciones, los deseos de poder, el deseo de dominar. Pero allí Jesús les mostrará quién es el primero: el que sirve, como los niños. Les hará reflexionar hasta qué punto la mentalidad dominante ha entrado también en ellos (“los reyes de los pueblos los tiranizan, y los jefes los oprimen...”).

Es la comunidad que ora. Juntos se dirigen al Padre, van a la sinagoga, escuchan palabras que les resultan difícil de digerir (como el sermón del Pan de vida). Por eso es la comunidad que vive de la fe.

Es la casa donde se aprende a escuchar. Y la escucha, es la de la Palabra de Jesús, pero también de los signos que rodean, de la realidad que envuelve. Es el lugar de la escucha, donde nuestra vida se deja golpear, cuestionar, remover. No es el lugar de la paz a toda costa, sino de los conflictos, de las búsquedas, de la enfermedad, del dolor, de las intenciones no clarificadas (mirando lo que podía pasar en el corazón de cada uno de los apóstoles).

*La vocación de todo religioso
y religiosa pasa por la noche,
por la purificación.*

*Para poder mantenerse firme
en ella se necesita una vivencia
profunda de Dios y alimentar
la dimensión afectiva, cordial,
mística. Porque "la noche es
inevitable porque es un paso
obligado para llegar al alba,
para recibir un nombre nuevo
y la tierra como don (la lucha
de Jacob, Gen 32, 23-31).*

*Son momentos descritos
por los místicos, inclusive
de aniquilación,
de lucha encarnizada.*

Es la casa que nos impulsa con más fuerza a salir a los caminos, donde uno se queda el tiempo que necesita, que no es mucho. Pero donde uno regresa porque lo necesita.

Y porque se comparte se dan los encuentros, la comunión, es el lugar del respeto mutuo (cuestión de género), donde aprendemos a enriquecernos a aprender del otro, la otra, a valorar al otro, la otra. Donde nos sentimos apoyados, donde nadie se siente solo, sola ni busca estar solo, sola, aunque alguno esté más cerca de Jesús y como discípulo amado puede tener acceso más cercano a su corazón.

Y a propósito del género quiero decir unas frases del P. José María Guerrero: "Uno de los signos de esperanza en este cambio de época que vivimos con todas sus incertidumbres e interrogantes es el fortalecimiento del rol de la mujer en la Iglesia y en la sociedad... En el proyecto de Dios y en la praxis de Jesús, la mujer tiene la misma dignidad que el varón y aparece como expresión vital del rostro femenino y materno de Dios -V.C. 57 y 58 ... Yo sueño con una Iglesia que integre más a las mujeres en su seno, haciendo suya la praxis de Jesús, que predicó la Buena Noticia del Reino rodeado de discípulos y discípulas. Deseo vivamente que asuma a la mujer como don de Dios, gratitud y ternura divina, porque en esta civilización de la violencia y del individualismo, ella es reserva de humanidad para la cultura de la vida y la solidaridad".

Es la casa del servicio. Donde todos y todas sirven, donde no hay puestos de privilegio y donde todos tratamos de

hacer felices a los otros, las otras. Donde se atiende a los enfermos y enfermas, como a la suegra de Pedro.

Es la casa donde se cuida la vida, cada uno se siente amado e impulsado a cuidarla y servirla.

Es la casa del pueblo sencillo, de la gente sencilla, con su fe sencilla. Y con sus deseos de mejorar, donde se acercan a Jesús para que Él les dé, la curación o para escuchar sus palabras, y que se convierta en fortaleza y ánimo para seguir luchando en la vida. Es la casa de la creatividad, donde las palabras de Jesús saben a algo novedoso, donde no se repite por repetir, donde las leyes no son opresoras, sino donde prima la libertad.

Para nosotros es la casa que nos hace revisar cómo estamos siendo discípulos de Jesús, cómo está “de salud” nuestra comunidad (nuestra provincia, nuestra institución). Si es un testimonio vivo, es una realidad evangélica que testimonia a los que la rodean, si es una realidad cálida, si me siento vitalmente unido a ella.

Es el lugar donde se regresa, donde regresamos porque necesitamos ser hermanos y hermanas y manifestar esa realidad no sólo porque necesitamos un techo donde habitar.

Es la casa que nos hace reflexionar sobre la pobreza, sobre el desprendimiento, sobre la disponibilidad. Estar listos para lo que sea y donde sea, aunque algunos lugares nos gusten más que otros. La pobreza como medio de comunión, de encuentro con Dios y con los hermanos.

Urgidos a ser solidarios con los pobres, estar cada vez más cercanos, y abriendo nuestro corazón a los llamados de Dios: “Señor ¿qué quieres que haga?”

Antes dije que era la casa de la comunidad orante. Es verdad que todas las cosas son lugar de encuentro con Dios (como los caminos), pero en algunos lugares descubrimos con más fuerza que en otros lo que significa el encuentro profundo con Jesús que nos transforma, que nos hace ser más “amadores” de Dios y de los hermanos. Y en este lugar podemos escuchar y ver cómo Jesús se dirige a Dios como Padre, y nos enseña a encontrarnos con El de la misma manera. Y en torno a Jesús escuchar y aprender a encontrarnos con el Padre, en el silencio, en la naturaleza, en los hermanos, en las hermanas, en los acontecimientos...

Varias veces se insiste en el documento Vida Consagrada en el tema de la oración (en el número 38 de modo especial). Pero también tenemos que indicar que la oración la vemos no tanto como un ‘ejercicio’ (tiempo en el horario), sino como una actitud de vida que nos va preparando para encontrarnos con el Señor en la vida, y a quien llevamos las situaciones de la vida cuando tenemos nuestro tiempo de silencio. Esto lo expresó muy bien el documento de Puebla (numero 932 y los otros referidos a los religiosos: 726-729). Algo parecido podríamos decir de la ascesis, un tema que lo vemos sobre todo inscrito en la vida, y podemos leer en el mismo número del (V.C.: el 38).

Es la casa de la alegría y de la despreocupación, del tiempo libre gastado en

“no hacer muchas cosas”, sino en descansar, en reponer fuerzas, en contar chistes... en no hacer que los problemas y dificultades de la vida nos agobien, sino en ver las cosas con distensión. Hay que trabajar, hay que ser profetas, hay que salir por los caminos, pero también crear un clima en la comunidad donde no sintamos la necesidad de tener que estar las 24 horas trabajando. Sino buscar tiempos para compartir, para conocernos, para contarnos nuestras cosas, nuestras preocupaciones, o sencillamente para descansar y disfrutar...

Lugar donde todos se sienten aceptados y reconciliados, donde se vive el perdón. Donde somos discípulos del único Maestro, y donde nos interesamos por las cosas de los otros. Donde vamos compartiendo un estilo de vida, que se recibe desde el carisma, que nos identifica a todos y a todas y que todos vamos recreando en el hoy y aquí. Donde conocemos y amamos lo que el Espíritu nos dio para poder vivirlo en todo momento, pero sobre todo en la confrontación, en la escucha, en la búsqueda, en los tanteos y en las realizaciones.

*P*or los caminos de Galilea.
*Los caminos más familiares,
desde la enseñanza y la acogida*

Son los caminos más conocidos, los más amenos, los más gratificantes. Aquellos en los cuales la gente escucha y comparte. Donde se viven los milagros cotidianos. Como los caminos más “floridos, los de mayor naturaleza”, los más flore-

cientes. Los de pequeñas aldeas y ciudades, pero también de grandes multitudes.

Donde comienza a brillar la luz, donde aparece la auténtica verdad, donde la gente empieza a preguntarse ¿quién es este hombre (por Jesús, obviamente). Y donde comienzan a darse las primeras respuestas a esta pregunta fundamental sobre su persona: ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Qué dicen ustedes de mí? Tú eres el profeta, el enviado de Dios.

Por tanto donde la fe comienza a hacerse presente, una fe ya encarnada, una adhesión vital a aquel hombre, que si bien saben de dónde ha venido, o al menos parecen saberlo, en realidad no saben cuál es su patria verdadera, porque El viene del Padre.

Son los caminos de la enseñanza. Jesús enseña y proclama su primer mensaje: el Reino de Dios ha llegado a ustedes, su palabra vibra cuando se proclama y cuando llega a los corazones “pobres, heridos, desgarrados”, cuando la escuchan los pobres, los ciegos, los sordos, los paralíticos, las multitudes... porque es una palabra buena noticia. En medio de tantas malas noticias, de tantos dolores, de tantas cargas pesadas echadas sobre aquellos hombres, es una Palabra que da Vida, que libera, que anuncia algo nuevo, que abraza y envuelve porque está tejida de amor.

El profetismo se hace realidad en una situación concreta. Indiquemos de modo superficial algunos de los retos que nuestra realidad y la Iglesia nos presentan (P. José María Guerrero).

La globalización; la pobreza creciente (pobres cada vez más pobres); aire de libertad y autonomía (fascinación por lo democrático; crisis en un modo de ejercer la libertad); horrorizados por guerras; la revolución tecnológica.

Y tres grandes retos:

- Hacia una Iglesia más laical.
- Reconocimiento de la identidad y misión de la mujer.
- Hacia una Iglesia sin fronteras.

Una palabra y unos caminos que saben de Vida, de Resurrección, de triunfo sobre la muerte. También de acompañar mucho sufrimiento y de descubrir mucho pecado. Son los caminos de la denuncia del mal. De ir mostrando lo que es el servicio, de testimoniar que hay que convertirse en niños para poder entrar en el Reino (ser niños no sólo 'ad intra' de la comunidad, sino para todos aquellos a quienes somos enviados).

Son también situaciones peligrosas: el agua amenaza con hundir la barca y la muerte aparece con muchas posibilidades. Pero ahí está el que aplaca todo.

Es también el comienzo de mostrar lo que está más allá de las apariencias. Es el momento del Tabor, cuando Jesús va manifestando su realidad, aquella que no se ve pero que está, su próxima Resurrección y Pasión, tan unidos al icono de la Transfiguración.

Es el camino de los sueños, pero también el de las ambiciones. Es el momento de predicar con parábolas de las cosas sencillas de la vida, y a través de ellas

Deseo vivamente que asuma a la mujer como don de Dios, gratuidad y ternura divina, porque en esta civilización de la violencia y del individualismo, ella es reserva de humanidad para la cultura de la vida y la solidaridad”.

manifestar lo que aparecerá después: el Reino de los cielos, que ya se está comenzando a dar este momento.

Es un camino que tiene poco de descanso, pero ya es también de entrenamiento para los que acompañan a Jesús, también ellos van a ir de dos en dos. Predicando la paz y la división, expulsando demonios y sabiendo que quizá en algún lugar no les van a recibir y sabiendo que van como corderos en medio de lobos. Pero también es la hora de saber que si están felices no es porque harán muchas cosas, porque se les someten muchos demonios, sino porque sus nombres están inscritos en el cielo.

Son los caminos de la unidad en medio de la diversidad. Son los caminos de cada día que nunca son fáciles, pero que no suelen ser tan hostiles como otros. Donde resuena el programa de las Bienaventuranzas, en el cual creemos y que hacemos nuestro, aunque a nuestro alrededor las cosas parezcan de modo distinto.

Una misión que también se alimenta de fiesta, donde está la Virgen María (como en las bodas de Caná), y donde se comparte a veces en un espacio no directamente religioso, pero sí humano y fraterno. Y donde se acepta lo que aparece: la escasez y la hartura.

Nuestra Vida Consagrada tiene esta misión profética. Un profetismo que nace de su propia entraña y al que no podemos renunciar so pena de quitarle algo esencial. Un profetismo que quema nuestra entraña, que no nos deja tranquilos si no lo ejercitamos. Un profetismo que nace del amor, y que se desenvuelve en el Amor.

“La vida se convierte en lugar teológico. ¿Qué descubre un contemplativo, una contemplativa en Uruguay? ¿Qué escuchamos? ¿Los gritos del pueblo? ¿Cuáles son los brotes de esperanza que descubrimos?

Los profetas tienen pasión por la justicia. Justicia que incluye todo lo creado, y todo lo que tiende a ser excluido por la cultura dominante. El profeta, la profetisa, reaviva la conciencia de un destino planetario, común a todos los hombres y mujeres. Trabajar juntos por construir una casa común. El profeta vive en medio del conflicto por su compromiso con los derechos humanos y toda realidad deshumanizante dentro y fuera de la Iglesia. Por eso se necesita que sea místico” (Carmen Margarita Fagot).

La Vida Consagrada es profética como comunidad, es bueno y necesario que

haya profetas individuales (por ejemplo los fundadores), pero sería más deseable que haya comunidades santas, comunidad que como tales, testimoniemos qué “hemos visto al Señor”, que nos sintamos felices y como hermanos caminamos. No todos al mismo ritmo, pero sí en el mismo camino (aunque algunos vayan de un modo más lento), donde nos ayudemos los unos a los otros.

La Vida Consagrada profética dentro y fuera de la Iglesia. Si queremos serlo hacia la sociedad, tenemos que serlo también hacia dentro de la Iglesia (el profeta no es solamente tal de un modo parcial, sino siempre y en toda circunstancia). Y también el interior de la propia Congregación.

Desde el diálogo, humilde, sincero, sereno. Desde el discernimiento orante, que hace que nuestra voz no salga del capricho, del interés, de los puramente ‘afectivo’, sino de la búsqueda de la voluntad de Dios de un modo sincero. Desde esa proclamación del Reino que nos lleva a buscar esos destellos de su Reino en las realidades de cada día, en el Espíritu que nos anima (no apaguen el Espíritu, busquen entre lo diverso y apéguese a lo bueno)⁴. Ser profetas al interior no es fácil, hay tanta cizaña dentro, tanto interés no purificado (comenzando por nosotros), que necesitamos hacer un buen y largo discernimiento.

Porque se trata no sólo de señalar lo que está mal, sino mostrar los caminos por

⁴ Cf. 1 Tes 5, 19-22.

donde podemos o debemos caminar, de indicar el futuro, de abrir horizontes, de esperar, de saber que no todos lo ven igual, de tener paciencia...

Y ser profetas hacia fuera da miedo, es mejor decir palabras que los otros quieren escuchar, de lo contrario se corren riesgos, de perder amigos, de quedarse sólo, de no saber si estamos yendo bien... Pero si no hacemos esto es como si cortáramos alas a la Palabra, como si la dejáramos Light, sin mayor sentido, sin mayor fuerza; como si le quitáramos el poder transformador que ella de por sí ya tiene.

La Palabra de por sí convoca, pero también es como luz que penetra hasta lo más recóndito, oscuro y ante ella uno se siente juzgado, no condenado, sino invitado a dar pasos de nuevo nacimiento, de crecimiento y de conversión. Es como una espada de doble filo⁵, que penetra hasta lo más profundo.

La Vida Consagrada tiene que ser anunciadora de una nueva luz. De Galilea llegó la luz que ilumina a todos los pueblos y la Vida Consagrada tiene que ser como esa luz. Presencia de Jesús que ilumina, que da nuevo sabor, que hace pequeños milagros: de fraternidad, de solidaridad, de reconciliación, en definitiva de una vida nueva que es posible desde la Resurrección. El Resucitado nos vuelve a convocar para construir hoy la nueva historia del siglo XXI, donde su mensaje de las Bienaventuranzas sigue resonando, donde su mensaje de radicalidad y de

opción por los pobres se convierte en luz para el mundo de hoy.

Pero no podemos olvidar algo que el P. Simón Pedro Arnold nos dice y que puede servirnos de conclusión: "Cuidado cuando hablamos de profetismo de la Vida Religiosa, a veces de modo triunfalista o ligero. En la Biblia esto es muy distinto: los profetas rehuyen la vocación, al final lo aceptan de modo resignado. Esto es asunto de Dios. Requiere modestia y coherencia por parte de los religiosos... ¿En qué tiempo nos encontramos? No es tan fácil definir este tiempo posmoderno.

Sentimos el silencio de Dios en este momento de la historia, ante los momentos dolorosos de la historia que vivimos. Debemos ver a Dios y escucharlo en la suave brisa del orbe, en lo pequeño. A veces tendremos que aprender a estar en silencio o bajo el ricino (como Jonás). Es decir que debemos aprender a vivir en la mística para poder ser verdaderamente profetas.

Esto mismo es lo que indica Víctor Codina en otro lugar. "La Iglesia actual de América Latina, sin dejar de ser profética, reviste un todo más sapiencial, una profecía de lo cotidiano, de Elías con la viuda de Sarepta, de hallar a Dios en la brisa suave de cada día, en lo pequeño, en lo marginal. Si hasta ahora el peligro había sido un excesivo acento en la eficacia y el éxito, ahora se redescubre la gratuidad y el misterio pascual de la muerte y la resurrección. Si hasta ahora lo utópico

⁵ Cf. Heb 4,12.

dominaba el horizonte, ahora la utopía se ve en lo germinal, en lo incipiente, en los pequeños signos de cada día que pululan por doquier”.

Y continúa. “Ha cambiado el estilo de profecía, sus gestos son más cotidianos sus palabras son más sencillas, pero la impronta de Medellín sigue marcando el caminar a la Iglesia de América Latina y el Caribe. Y la Iglesia sigue, como en toda auténtica profecía, alimentando la esperanza del pueblo”. (Vida Religiosa, 1 Julio 2000, número 4).

Por los caminos de Samaria hostiles – indiferentes

También Jesús el Profeta, como los antiguos profetas de Israel tuvo que enfrentarse a situaciones difíciles: algunas directamente hostiles, y otros más indiferentes.

Pero Jesús no se echó atrás, tampoco calló, aunque sí supo realizar el discernimiento para saber cómo actuar en cada circunstancia.

Pero Jesús espera, sabe que todavía no ha llegado su hora, la hora de la evangelización universal en su nombre, y acepta el proceso que aquellas gentes vivían, basado en ese desconocimiento, y sobre todo en una enemistad tradicional. Ellos no son capaces de dar el paso nuevo, de romper la división que históricamente había separado judíos y samaritanos. Después dirá Pablo que Jesús con su muerte ha logrado derribar todo muro de separación entre los hombres (Ef 2,14).

Samaría es el signo de la necesidad, de aquellos que esperan, que aguardan, que necesitan, pero a veces no quieren reconocer esa necesidad. Y son los caminos de la invitación al encuentro personal. De modo especial a descubrir que la mujer tiene también un puesto importante en la evangelización.

Pero es el camino en el cual vence Jesús, sin grandes ruidos, sin grandes estrépitos. El nos ha envuelto con su amor, y nos ha hecho dar el paso a la fe, a descubrir que nuestra vida puede en un momento llegar a ser tan cansina, tan aburrida, tan sin color (el desencanto); y Él puede hacer que todo se transforme. Él lee en nuestro interior, y nos da la fuerza para ser religiosos y religiosas nuevos.

De Él podemos beber el agua de la vida, con Él podemos caminar a pesar de los cansancios, y a su lado nada va a darnos temor, más bien nos va a lanzar hacia el futuro, a ser evangelizadores de verdad, a ser anunciadores de una vida nueva para todos y todas. En ese diálogo personal nos va a manifestar quién es el Padre, y a juzgar a las personas no por “etiquetas”, por apariencias, sino por lo que hay en su corazón.

Nos enseña a no dejarnos vencer por las enemistades, por más difícil que sea el profetismo en ciertos lugares o en ciertas épocas. La palabra no puede quedar sin ser pronunciada. Como Jonás tenemos que predicar en lugares difíciles; y que es el Espíritu el que “toca el corazón”, el que convierte.

Esta realidad nos recuerda que no hay mística sin profecía y viceversa. Ni profecía sin aislamiento y hostilidad.

En estos lugares se aprende a relativizar lo que parece más absoluto. A adorar al Padre en Espíritu y en Verdad⁶.

A relativizar no sólo lo de los otros sino también lo mío (no sólo en Jerusalén, ni en el Garizim ni en el Ebal; Jn 5,19). Y Jesús invita a derribar fronteras, a mirar con mirada amplia. A caminar por estas situaciones, inclusive ante el indiferentismo, o el relativismo, cuando parece que todo está en el mismo nivel y que todo vale lo mismo.

Jesús nos llama a no desmayar en el profetismo de la Verdad y de la Justicia. Es su Espíritu el que nos ha ungido para proclamar el año de gracia, la liberación de los oprimidos, la fraternidad para todos, el cambio en los corazones.

Una palabra que se encarna en el diálogo. Y que va pasando por el Ecumenismo, que no excluye a nadie y que abre posibilidades cada vez mayores de encuentro y comunión. (En el documento Vida Consagrada números 100-102 nos habla de la necesidad de que los religiosos y religiosas nos comprometamos al diálogo: ecuménico e interreligioso).

Y la Vida Consagrada tiene mucho que aportar en este campo. Desde el respeto por lo diverso, por el género. Desde el profetismo muchas veces callado y silencioso, pero siempre activo, siempre con proyección, sin miedo. Teniendo en cuenta la importancia de la presencia, del testimonio.

Con una presencia oportuna, que no es oportunista, pero que sabe estar cuando se necesita, que sabe decir lo que en cada momento puede ayudar más, y que sabe esperar.

El profetismo de la Vida Consagrada sabe hacerse presente en los nuevos aerópagos, con valentía, diciendo y exponiendo la persona de Jesús, la doctrina del Evangelio.

Decir una palabra en tantos foros, instancias de diálogo (con otras religiones, ideologías), encuentros e iluminaciones que piden personas (en lo económico, político), aunque no seamos nosotros los que decidamos en ese campo.

Como Vida Consagrada estamos llamados y llamadas a romper “moldes tradicionales”, a veces inspirados en estructuras pasadas, en prejuicios (como los samaritanos y los judíos). La misión es muy amplia y hay que estar abiertos, porque aquellos de quienes menos esperamos, son los que después nos dan el ejemplo (como en la parábola del buen samaritano).

*Y ser profetas hacia fuera
da miedo, es mejor decir
palabras que los otros quieren
escuchar, de lo contrario se
corren riesgos, de perder amigos,
de quedarse sólo, de no saber
si estamos yendo bien.*

⁶ Cf. Jn 4,23.

Relativizar situaciones, casas, etc., no significa pasar por ellas como algo transitorio, sino saber poner en ellas todas nuestras fuerzas, nuestra energía, creatividad, vitalidad. Pero tampoco echar raíces tan profundas que después duela cuando hay que cambiar o cuando hay que dejar alguna institución.

Sabiendo que a Dios se le adora en cualquier lugar (en Espíritu y en Verdad), con un corazón y una existencia nuevas.

*P*or los caminos de Judea *Los caminos del sufrimiento- de la entrega*

Son los caminos del sufrimiento y de la muerte. En cierto modo aunque son los últimos (cronológicamente hablando en la vida de Jesús), están presentes desde el principio y en cierto modo están “sobrevolando” en todo. Es un poco como hacia donde se camina (es imposible que un profeta muera fuera de Jerusalén, porque todo tiene un fin, y la vida de Jesús mira hacia allá, hacia la cruz, y la Resurrección.

Es el profeta que sabe que esto le va a llegar, porque los profetas no suelen morir tranquilos en su casa o en su cama. Sabe que un profeta debe estar dispuesto a sufrir contradicciones, dolores, angustias. Que todo lo que predica a veces desdichas y conflictos le afectan a él en primer lugar, los siente porque sabe que van a caer sobre la existencia de personas, situaciones que van a arruinar vidas, y también la suya, y eso a él le duele.

El profeta no se siente fuera, ni predica fuera de las situaciones históricas, no

es alguien que juzga como si algo pasara delante de él y no le afectara, sino que se siente inmerso en todo lo que ocurre y si sobreviene algo malo, también a él le va a afectar.

La ruina de Jerusalén, de todo Israel es algo que va a tocar la vida del pueblo, y a Jesús le duele, se siente solidaria con aquella destrucción que se ve venir. Y Jesús sufrirá, sufrirá el rechazo y la muerte, el dolor y la cruz del Siervo, de aquel que sabe que ha venido a servir a dar su vida en rescate por todos.

Ahí se ve cómo el sistema trata de asimilar a todos a su estructura, y el que no quiere entrar, lo excluye, lo aparta, lo ignora o le hace desaparecer. Así le pasa a Jesús y a su grupo. Pero el profetismo no desaparece, la Palabra vuelve a encarnarse, Resucita, y ahí sí con más fuerza, de un modo más amplio, tenaz. Es el momento de saber asumir la cruz, de aceptar la necesidad del dolor, de lo que implica la renuncia.

De saber asumir y abrazar las contradicciones por amor, se trata de discernir la verdad, de hacerla nuestra y de padecer por ella.

¿Estamos dispuestos a entregarnos con radicalidad, no sólo en los momentos grandes, sino en la renuncia que se nos pide cada día? ¿Aceptar las contradicciones, el que hablen mal de nosotros, las incomodidades...?

Y la profecía va acompañada de momentos de silencio y de gestos que van con ella. A veces la mejor palabra es el

silencio, profecía que se espera y que no llega, que se desea, pero no adviene.

Y quizá en este momento no hay grandes profetas, ni muchas profecías, pero sí palabras que acompañan, palabras de amor y de consuelo ("consolad, consolad a mi pueblo..."). Y descubrir que la profecía no es tanto personal, sino comunitaria, que no es sólo de la Vida Consagrada sino también de muchos otros grupos que desean y buscan una humanidad nueva, algo que es posible, que no es una pura utopía, pero que requiere el esfuerzo de muchos, por no decir el de todos.

A nosotros también se nos pide no sólo palabras o silencios, sino gestos, realidades que alumbren vida nueva, presencia en situaciones o realidades que manifiesten lo que predicamos.

No serán deslumbrantes resurrecciones (o curaciones de ciegos, ni parálisis), pero si esas cosas pequeñas que son signo de algo nuevo, que ayudan para que los que ya están en el camino de fe y en la Iglesia se animen más, y que los que quieran de un modo "desarmado, sin prejuicios", ver si se pueden convertir a Jesús y dar gloria al Padre; pero también sabiendo que no todos lo van a aceptar, es más lo van a rechazar, como hemos visto en el martirologio del Siglo XX y lo seguiremos viendo en este nuevo siglo, como siempre ha sido a lo largo de la historia.

Esta realidad nos muestra que el profeta, especialmente en esos momentos 'de frontera' es cuando más necesita ser místico.

Si en verdad la vida de todo profeta necesita intimidad con Dios, su mística, no cabe duda que en algunos momentos esta experiencia de encuentro con el Señor debe ser más intensa, y es en esas situaciones de dolor, de sufrimiento personal o de los otros, cuando se siente la necesidad de la oración de un modo más profundo.

Entre las características que pudiéramos indicar del profetismo hoy encontramos algunas (tomado de Simón P. Arnold): Santidad, Fidelidad, Esperanza y Respuesta de vida ante realidades de muerte.

Y a propósito de este último punto dice. "Hay que acompañar esas situaciones de muerte del pueblo. Nada de florituras, nada de reconocimiento ni privilegios. La simple satisfacción de actuar como Dios con su pueblo cuando la esclavitud de Egipto. Profetismo anónimo e invisible del fermento perdido y escondido en la masa activa del pueblo sufriente... El único fruto será el alivio pasajero de un amor compartido en camino, una lucecita efímera de esperanza en una larga noche que no termina. Así los religiosos encuentran sentido como Jesús en pasar haciendo el bien, acompañando a los peregrinos de la noche con quienes compartimos la intemperie. Y este pasar con ellos garantiza la vigencia de la luz aún en medio de la más espesa tiniebla".

Pero también aquí es donde se dan las experiencias más 'sublimes'. Es verdad que todos los caminos son espacios para ejercitar el profetismo, pero unos son más 'atractivos' que otros, en unos hay más receptividad o escucha que en otros.

En donde están los 'centros de poder' la situación es más difícil, porque hay gentes que se sienten amenazadas en su 'status' en su vida tranquila, pero también tienen mucho poder, lo que no facilita la conversación y más bien posibilidades de aniquilar a quienes molestan.

Aquí aparece también la virtud de la prudencia, que puede ser un arma de doble filo, que es necesaria para que la profecía sea eficaz, porque lo que se busca no es hacer de la verdad un bastón con el cual golpear a todos en el mundo, sino hacer de la verdad un arma que 'conmueva', que haga pensar, que convierta los corazones, porque lo que Dios quiere del pecador es su conversión, no su muerte.

Pero a veces, los ídolos que ocupan el lugar de Dios en el corazón de los hombres piden su cuota de muerte de justos, de inocentes, sacrificados para mantener un sistema, una estructura definida tantas veces por la Iglesia Latinoamericana de injusticia institucionalizada, de opresión, de vida para unos pocos a causa de la pobreza de las mayorías.

Otros momentos sublime es la Resurrección. Porque la vida del profeta no termina con su muerte, su palabra perdura. En Jesús se dio la Resurrección y no cabe duda que fue la realidad sublime que rompió todos los esquemas y que manifestó de parte de quién estaba Dios. Y su presencia resucitada fue para dar vida nueva y para impulsar todo aquello que se había ya iniciado, y ahora se debía prolongar, el Reino de Dios es ya realidad viva presente. La Resurrección de Jesús es la fortaleza para todos los profetas, la

esperanza para cuando llegan los momentos de decaimiento, de cansancio, de desorientación, de noche, de desolación.

Será también el momento de la duda, de la negación, de la huida, del sentirse fracasados, de la derrota... sentimientos tan humanos, tan hondos y normales. Pero que después se transforman.

Pero El se encargará de reunir los dispersos. Y sobre todo de que reafirmemos nuestro deseo de seguirle con amor: ¿Me amas? Claro que sí, claro que te amo, claro que deseo amarte más, hasta lo más profundo de mí, es ese amor el que nos hace sus testigos, sus profetas, enviados en su nombre.

Y es la Vida Consagrada la que también experimenta todo eso: sufrimiento, angustia, miedo, vergüenza... hasta la huida. Pero el Señor nos vuelve a invitar, nos reúne en su nombre y nos da su Espíritu: como el Padre le envió a El, así El nos envía a nosotros.

Si en verdad la vida de todo profeta necesita intimidad con Dios, su mística, no cabe duda que en algunos momentos ésta experiencia de encuentro con el Señor debe ser más intensa, y es en esas situaciones de dolor, de sufrimiento personal o de los otros, cuando se siente la necesidad de la oración de un modo más profundo.

Y vuelve a confirmar nuestro profetismo y a lanzarnos por los caminos y a enseñarnos que con El vamos a poder seguir anunciando el Reino, que nunca nos faltará su presencia y su apoyo hasta el final de los tiempos. Que el Es fiel a su palabra, y que la muerte no domina ni sobre El, ni sobre nosotros. Que la última palabra la tiene siempre la vida, es El quien nos hace profetas y en su Nombre caminamos.

Quiero concluir con un texto de la Vida Consagrada que dice: “¡Vosotros no

solamente tenéis una historia gloriosa por recordar y contar, sino una gran historia que construir!

Poned los ojos en el futuro, hacía el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas... De este modo Cristo os renovará día a día, para construir con su Espíritu comunidades fraternas, para lavar con Él los pies a los pobres, y para dar vuestra aportación insustituible a la transformación del mundo” (#110).